

EL CUMPLEAÑOS DEL REY

Reaparece o continúa—no lo sabemos—en el teatro de San Carlos una antigua costumbre altamente perjudicial para los intereses de la Monarquía.

Consiste en que, en los días de gala, cuando Su Majestad está en su palco, en medio del aparato de la Corte, los espectadores no pueden aplaudir, ni patear, ni exteriorizar opinión alguna.

Esta práctica—que viene de los antiguos tiempos, en que en presencia de su rey el vasallo debía estar sin ideas y sin gestos, cuadrado y mudo—es bella; pero autoriza ciertas observaciones lógicas.

Pudiendo el espectador aplaudir o desaprobar cuando S. M. ocupa su pequeño palco forrado de terciopelo color cereza, y no pudiendo hacer ruido cuando S. M. se exhibe en el gran palco, bajo el esplendor de las arañas, se deduce que el rey sólo es respetado y sólo se respeta... cuando está de gala.

Por lo tanto, a medida que S. M. va saliendo del

ceremonial de gala, va disminuyendo nuestra consideración hacia él.

Cuando S. M. se muestra en la tribuna de gala, estamos humildes y callados.

Cuando S. M., en los días vulgares, va a su palco vulgar, perdémosle un poco el respeto y comenzamos a hacer ruido.

Y esta lógica no se detiene aún en sus conclusiones:

Cuando S. M. salga de su palco y vaya humanamente a entrar en su coche, como la gala disminuyó más aún, nuestro respeto disminuye asimismo, y pasamos, en una creciente libertad, a dirigirle chufas.

Cuando S. M., dentro de su carruaje, encienda un cigarro, como el ceremonial es menor aún, el respeto también es menor y procedemos, en una intinidad ya irreprimible, a tirarle cebollas.

Si viésemos a S. M. comer un bifece, nuestro respeto habría llegado a su fin y comenzaríamos a darle papirotazos en las orejas.

Y si le contemplásemos en *robe de chambre*, el respeto se extinguiría totalmente y saltaríamos sobre sus reales hombros, espoleando sus reales costados.

Esto, verdaderamente, no conviene a la Monarquía.

Porque, en fin, de esta manera, S. M. no tiene más remedio, para hacerse respetar cabalmente, que... quedarse eternamente en el palco de gala.

Y sería cruel obligar a S. M. a dormir en el palco, bañarse en el palco, pasear a caballo en el palco, cazar liebres en el palco y viajar por provincias en el palco.

¡No, portugueses, no lo consintáis!

Que los Poderes públicos, pues, sean generosos, y se permita al público de San Carlos, aun en días de gala, tener opinión. No aplaudir, estar serio, melancólico, taciturno, será, acaso, respeto; pero puede confundirse también con el disgusto y con el hastío.

Y sería triste que al preguntar un extranjero:

—¿Por qué está el público fastidiado?

Tuviésemos que responderle:

—Porque es el cumpleaños del Rey.

Octubre, 1871.

LA REINA PASEA

Su Majestad la Reina paseaba por el Aterro. Un mendigo acercóse a ella a pedirle una limosna. Un policía corrió y detuvo al mendigo. El desgraciado, preso todo el día en la delegación, con frío y con hambre, se puso enfermo. Fué necesario enviarlo en una camilla al hospital. El día estaba nublado, pero seco. Su Majestad, cuyo vestido de terciopelo orlado de pieles era irreprochable, continuó paseando serenamente en la serenidad de la tarde.

Siempre que un pobre se aproxima con la mano extendida a S. M. el Rey, o a S. M. la Reina, o a SS. AA. los Infantes, es detenido.

Muy bien hecho. Y como ese mendigo va a la cárcel, iremos a verle para reprobar al hombre pervertido los negros abismos de su acción. Le diremos:

—¡Merecido tienes lo que te pasa! Bien te conocemos, desgraciado... Sois muchos, y la ciudad está llena de vuestra multitud, que vaga por sus ca-

lles, amarilla y hambrienta, de caridad en caridad. Bien os conocemos. Los viejos, con sus sombreros altos, el pecho hundido, apoyados temblorosamente en un bastón, pidiendo con voz débil, desfallecida...; las mujeres, de rostro macilento, con una saya corta y viejas botas destrozadas, abrigando en su chal miserable a una pobre criatura que se esconde entre los harapos, rascando las llagas de su cabeza con sus manitas heladas...; los infelices chiquillos que gimen, envueltos en una larga y usada chaqueta de algodón, en los peldaños de una puerta cerrada; los que no tienen trabajo y, por la noche, sin camisa, subido el cuello de la remendada chaqueta, chapoteando con las suelas descosidas en el lodo de la calle, piden, explicando su hambre a los transeuntes; los que suplican bajo, tímidamente, con el anticipado temor de la repulsa; los que insisten, con la desesperación de un naufrago que se agarra a la última tabla; los que quieren besar la mano, de agradecimiento; los que quedan rezando, conmovidos, con lágrimas en los ojos... Viven en agujeros ignorados, duermen en los bancos, escondidos en la sombra de los terraplenes, acogidos por los cocheros en la paja de las caballerizas... Comen de cuando en cuando. Sufren todos los dolores que produce el frío, todas las agonías que ocasiona el hambre... Andan bajo el terror a la policía; desean el hospital

como un refugio, y, un día, envueltos en una harpillera, son arrojados a la fosa.

“¡Miserable!... ¡Tú has sido un imprudente! Viste a aquella señora descender de su calesa precedida de batidores; juzgaste que ella, una reina, rica, bien agasajada, podría darte a ti, pobre diablo, una moneda de diez céntimos: lo que cuesta una taza de caldo caliente en una taberna... Porque, en definitiva, bellaco, bien se advierte que tú tienes necesidad de comer, en medio de este áspero frío... Imaginaste que tu audacia te iba a producir diez céntimos... ¡Bien ves ahora: te ha producido la cárcel! ¡Aprende! Un mendigo como tú, desharrapado y enojoso, no se aproxima así a una princesa joven, envuelta en la frescura aterciopelada de su *toilette*. ¿Osaste pedirle una limosna sin llevar un uniforme de hidalgo? Tu traje de hambriento podía incomodar a aquella gentil señora. Imagina que ella manchase la punta de su guante gris perla si te tocase en la mano, en esa mano siempre extendida y cortada por el viento del Este... ¡Qué desgracia! ¡Su guante perfumado con *Marechala*! ¿Podía la policía consentir tal desastre? ¡Eres un animal! ¡Habrás visto! Bajo el pretexto de que el invierno es terrible, de que no tienes pan, ni fuego, ni una manta; que tiritas, que sientes dolores, que eres viejo, vas a ponerte delante de una princesa, en toda la

cruga *icangau* de tus andrajos, y le pides cinco céntimos. ¡Cinco céntimos! ¿Se piden así cinco céntimos? ¡Ah, imbécil! ¿Tú crees que los vestidos de seda y de terciopelo, las pieles, las joyas, las cachemiras, los perfumes, vienen por el aire y graciosamente, con ese frío que te traspasa? ¡Qué desplante!: “¡Deme cinco céntimos!” ¿Y dónde había de ir ella a buscar los cinco céntimos? ¿Tú imaginas que todo el mundo es rico como el buen Dios, que derrocha todo a manos llenas: estrellas, soles, nubes, maravillas y aquel pabellón azul del cielo, que le debió de haber costado millones? Eres tonto. ¿Supones que una reina condesciende así, como una burguesa cualquiera, a tener compasión de un pobre? Tú no lees los diarios; bien se ve. Acaso oíste decir que uno que se llamaba Napoleón III detenía a cada instante en los paseos públicos su *break* para llenar de *sous* los sombreros de los pobres. Tal vez te contasen que una a quien llaman la emperatriz de Alemania distribuye por su propia mano, con los cabellos caídos sobre su bata, dinero a los mendigos. Pero esa gente... es gente exagerada. Quizá también oyese hablar de un tal Jesús que abrazaba a los pobres y les enjugaba la sangre de las heridas. Ese era un poeta. Tú eres ignorante anciano. De seguro no lees el *Figaro*. Has oído que

la más bella, la única misión de las reinas, es la caridad...

Ahora, aprende. Medita en la cárcel acerca de la caridad de las reinas. ¡Lo has merecido bien! ¡Ah! ¿Tienes frío? ¿Tienes hambre?... Pues el calabozo te dará el pago de tener hambre y tener frío. ¡Pide otra vez, anda, pide! ¡Y aun fuiste muy feliz en que no te diesen una carrera de vergajazos!”

Así hablaríamos a este indigno mendigo, vil y torpe; y pediríamos a S. M. la Reina que insistiese en que ese gran criminal fuese rápidamente ahorcado, si en realidad S. M. la Reina tuviese culpa o responsabilidad de ese acto intolerable y grotesco.

Pero no fué S. M. quien prendió al pobre: fué la policía. Y estamos seguros de que si alguien se afligió seriamente no fué el pobre: fué Su Majestad.

Ahora pedimos, para honra y sosiego de todos, que no sea permitido a cualquier señor policía llegar cerca de S. M. la Reina y hacerle el insulto más brutal y más vil, que es detener a los desgraciados que le piden limosna.

Diciembre, 1871.